

GINER Y LA JUVENTUD UNIVERSITARIA DE LA REVOLUCION

María Dolores GOMEZ MOLLEDA
Catedrática de la Universidad de Salamanca

No se trata de hacer en estas breves páginas sobre *Giner y la juventud universitaria de la Revolución* el análisis crítico de la idea de Universidad de don Francisco, ni de su concepto de la juventud universitaria como minoría selecta y futura gobernante de la nación. El concepto elitista de la cultura comenzó a ser discutido ya en tiempo del propio don Francisco y la misma *Extensión Universitaria* organizada por la ILE en respuesta al problema de la socialización de la educación y de la enseñanza también fue acusada de paternalista y burguesa por los mismos años en que se inició. Muchas puntualizaciones podían sin duda hacerse a los planteamientos educativos y universitarios de don Francisco, pero nadie puede negar valor al interés y al entusiasmo enorme con que a nivel teórico y práctico Giner abordó el tema, en tiempo en que la indiferencia por la educación, y en particular por la educación universitaria, era casi general.

En su prólogo a la segunda edición de la *Pedagogía universitaria*, don Francisco, consciente de ello, escribía:

En el momento actual, en que comienza a acentuarse con alguna energía, entre nosotros, el interés por los problemas de la educación, que ya para muchos no son vano entretenimiento de «cuatro pedagogos pedantes», debiera cada cual (...) contribuir a aclarar la nebulosidad que deforma problemas tan complejos. Poner en ellos su alma, con devoción a un pueblo que bien ha menester de auxilio de todos y que sólo así se redimiría de su servidumbre y sus tristezas—no sé si cada vez más profundas— es cosa que pide el amor y el deber, de consuno (1).

Por otra parte, hay una nota subyacente en la *Pedagogía universitaria* de Giner que no sólo no ha perdido actualidad alguna, sino que se presenta como acuciante urgencia de nuestro tiempo: *la depuración del espíritu universitario*, a la que se entregó don Francisco con insobornable decisión, como pondremos de relieve en estas páginas.

(1) GINER, F.: En el prólogo a *Pedagogía universitaria*, 2.ª edic., s. f., p. 9.

«Mientras nuestra juventud no se decida a rendir en el altar de la patria la esperanza de sus medros personales—escribe don Francisco en 1870— todos los planes de reforma social—imposibles sin cooperación—serán ilusorios y frustráneos» (2).

La idea de apoyarse en la juventud y de contar con ella, de cara al futuro, es clásica y lógica. Es de ayer y es de hoy (3). No fueron los hombres de la Institución los primeros que en España prepararon un programa exigente para la juventud, como piedra clave de la regeneración patria. Ellos mismos se presentaron como vinculados a movimientos de reforma pedagógica anteriores, aunque entre su programa y los programas del siglo XVIII y primeras décadas del siglo XIX, existieran, como es sabido, diferencias importantes.

El fenómeno de la formación de una juventud como cuerpo social es relativamente reciente; no obstante, podríamos individualizar el caso de la juventud española, como sujeto colectivo, a lo largo de la última centuria de nuestra historia. Pequeña historia ésta en la que la juventud ha sido primero sujeto pasivo—sobre todo a finales del siglo XVIII—y más tarde activo, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y particularmente por las décadas anteriores y posteriores al Desastre. Juventud agente, en especial durante este segundo período, hasta tal punto que bastantes acontecimientos de la España contemporánea se deben a los objetivos específicos que, en determinados momentos de la historia, la juventud se propuso alcanzar.

Distinguió Giner a la juventud universitaria por la esencialidad de su función social.

«La Universidad—escribe— es quien educa a toda nuestra clase gobernante, especialmente por medio de la Facultad de Derecho» (4). Es la juventud la que ha de cambiar *si ha de venir de dentro el cambio* y es la Universidad la que ha de dar fórmula real a las vagas aspiraciones que en la edad juvenil agitan el espíritu, sellando con su impronta la transformación ideal, moral, intelectual y material de su vida. Sobre esa minoría de estudiantes pertenecientes a capas inferiores, que trabaja y lucha en la Universidad, sobre esa minoría «agotada y febril», descansa—opinaba decididamente don Francisco— la España intelectual:

¡Qué digo Intelectual!—escribe—, ¡espiritual!, y aún material de mañana (5).

Hemos de reconocer que la juventud de la primera mitad del siglo no había colmado las esperanzas de los anteriores reformadores. Lo mismo Alcalá Galiano que Mesonero Romanos, dos testigos excepcionales de su tiempo, nos ofrecen datos expresivos y que no dejan lugar a dudas sobre el talante juvenil

(2) GINER, F.: «La juventud y el movimiento social» (1870), O. C., VII (*Estudios sobre educación*), página 199.

(3) El profesor Pabón en su obra *Cambó*, Barcelona, 1952, p. 481, cita una frase del comisario de Instrucción Pública ruso, Lunacharsky, que da una exacta idea del lugar que ocupa la juventud en los planes de cualquier minoría «conquistadora»: «... Un Estado se defiende y consolida en tres frentes: el frente militar, del que depende el ser del Estado; el frente económico, a quien toca no el ser, sino el vivir, el seguir viviendo, y un frente cultural pedagógico que logra no el ser ni el vivir, sino el perdurar.»

(4) GINER, F.: «Sobre reformas en nuestras Universidades», O. C., II (*La Universidad española*), p. 56.

(5) *Ibidem*, p. 53. Más tarde, a raíz del Congreso Pedagógico de 1882, junto a la preocupación por la juventud universitaria se advierte en Giner la convicción de la necesaria reforma del hombre, comenzando desde la misma edad infantil, desde el párvulo.

del momento. No había seguido en España una evolución normal la juventud del dieciocho (6), que quiso ser menos «hidalga» y más «útil» que la de los siglos pasados.

La juventud «ciudadana constitucional» —proyecto de Quintana— brilló también por su ausencia. La juventud de los años treinta del ochocientos aún no había tomado en serio su papel de esperanza política del porvenir (7). De ella saldrían, improvisados «por nombramiento», los dirigentes y gobernantes de la primera mitad del siglo. Mesonero Romanos nos hace notar la falta de preparación política y de madurez en las ideas de estos jóvenes que llegaban a los puestos clave de la sociedad:

Aquella juventud alegre, descreída, frívola y danzadora, con el transcurso de los años, la experiencia de la vida y las revueltas de los tiempos se convirtió luego en representante de las nuevas ideas de una nueva sociedad (8).

Por otra parte, en la euforia romántica del siglo, el camino literario, más que el intelectual universitario, era sobre todo garantía de futura bonanza en la *res pública*. He aquí un párrafo de las *Escenas matritenses*, lleno de ironía y sumamente expresivo:

¿Fulano escribió una letrilla satírica? Excelente sujeto para intendente de Rentas. ¿Zutano compuso un drama romántico o un clásico epitalamio? Preciso es recompensarlo con una plaza en la Amortización. Aquel que hace buenas novelas, a formar una Estadística en una provincia. El que escribía un folletín de teatros, a representar el Gobierno español en el extranjero» (9).

La juventud de la primera mitad del siglo no había llegado a formarse seriamente para la política ni había tomado conciencia de su responsabilidad social, pero sí demostrará ya, según testimonia la publicística de la época, terciado el ochocientos, un *singular* espíritu de oposición y de resistencia a todo lo tradicional. En este momento crítico de revisión del pasado, la juventud universitaria de la Central recibirá el impacto de la presencia y del mensaje de los catedráticos krausistas, que se forman en torno a don Julián Sanz del Río. Desde ahora, el «pedagogismo», que comenzó por proponerse el ideal de hombre «útil» y siguió con el «ciudadano constitucional», va a tomar un sesgo distinto, mucho más profundo, y pasará del terreno especulativo de la filosofía krausista, al práctico, gracias a la acción extraordinariamente efectiva de Giner de los Ríos.

El tipo de estudiante español, que asistía en los años anteriores a la Revolución de Septiembre a la Universidad Central no se diferencia mucho de sus predecesores de la primera mitad del siglo. Como los hombres de la vida pública, tan peyorativamente descritos por Baroja (10), este universitario no se distingue por un mayor profundizamiento o un mayor sentido de respon-

(6) LARRA, J. de: *Artículos de costumbres*, Madrid, 1923, I, pp. 260 y ss. Véase MESONERO ROMANOS, R. de: *Memorias de un setentón*, II, Renacimiento, Madrid, 1926, pp. 20-21.

(7) MESONERO ROMANOS, R. de: *Memorias de un setentón*, p. 39. Este autor se refiere al momento de 1826. El mismo en *Escenas matritenses* (Madrid, 1851, p. 106) vuelve a hablar de la juventud preocupada de la política, aludiendo al año 1837.

(8) *Ibidem*, p. 27.

(9) *Ibidem*: *Escenas matritenses*, Madrid, 1851, p. 106.

(10) BAROJA, Pío: «Tres generaciones», *O. C.*, Madrid, 1948, p. 568. Conferencia escrita en 1926 y leída en la Casa del Pueblo de Madrid.

sabilidad social. Los testimonios siguen siendo unánimes. La juventud estudiantil que ha cruzado el ecuador del siglo vive un espíritu ante todo donjuanesco; aspira a divertirse, a jugar, a «quemarse»; reparte su día y su noche entre las aulas, la mesa de billar, el café y el «paraíso del Real»—el público de las «alturas» en el Real era siempre considerado el más inteligente—. Es una juventud que sigue sin interesarse en la política imperante. El año 1863, Ríos Rosas exclamará dirigiéndose a los partidos medios: «No tenéis la juventud, os abandona y hace bien, porque no la enseñáis, porque os morís, ya que *comprender o morir* es la suerte de nuestro siglo» (11).

José Ordaz AVECILLA, haciéndose el intérprete del grupo joven demócrata que aspiraba a formar un nuevo partido decía en el Congreso:

«En España, hasta ahora por lo menos, la juventud, los hombres nuevos, han sido en cierto modo olvidados y desdeñados por los partidos; los unos dejaron a la juventud en la calle, para que conspirara y fuera al cadalso; los otros la brindaron con el favor para que se inutilizara para el Gobierno» (12).

En los diez años que precedieron a la Revolución de Septiembre, un grupo de universitarios «nuevos» hasta entonces hoscamente apartados de la política moderada, «semejaba disponerse—escribe Giner— en la austera educación de todas sus fuerzas vivas» para el momento en que la nación, cansada del viejo orden de cosas, buscase «en la nueva generación los campeones de su honor y de su libertad» (13). La mayor parte de este grupo juvenil se había formado en las aulas de los catedráticos krausistas.

De la Universidad anterior a 1868 salió, en efecto, la juventud revolucionaria de la Septembrina, una clase escolar «de sentido y alientos democráticos», afirma González Serrano (14). Menéndez y Pelayo hace parecida observación sobre el nuevo estilo de esta juventud, que se distingue de la superficialmente liberal de la primera mitad de siglo gracias a la labor pedagógica de los «ideólogos» (15). La verdad de la afirmación de estas dos fuentes de tan distinto cariz—avanzada una, la de González Serrano; conservadora la otra, la de don Marcelino—viene avalada por otro testimonio, el de Federico Amiel, aducido por Alvarez Villamil y Rodolfo Llopis, en su trabajo sobre la Revolución de Septiembre. Amiel da las gracias a Sanz del Río por su contribución al éxito de la revolución, cuyo contenido ideológico le atribuye. Observe Villamil:

«En la formación del contenido ideológico de la Revolución de Septiembre hay tres elementos: uno político, que arranca de las Cortes de Cádiz; otro económico, provocado por la corriente librecambista, y hay sobre todo un elemento intelectual universitario. Es el krausismo. Es don Julián Sanz del Río. *Es su cátedra de la Central. Por ella desfilaron los hombres que luego dieron vida a la revolución*» (16).

(11) Cit. por GINER: «La juventud y el movimiento social», *O. C.*, VII (*Estudios sobre educación*), página 105.

(12) ORDAZ AVECILLA, J.: *Diario de sesiones, 10 de marzo de 1847*, p. 855. Ordaz AVECILLA, junto con Manuel M. de Aguilar, Aniceto Pulg y Nicolás M. Rivero, firmará el manifiesto demócrata de 6 de abril de 1849.

(13) GINER, F.: «La juventud y el movimiento social», *O. C.*, VII (*Estudios sobre educación*), p. 102.

(14) GONZÁLEZ SERRANO, U.: «Una cuestión pedagógica», *BILE*, 1888, pp. 301-302.

(15) «Iban reclutando (los demócratas) sus individuos entre la juventud salida de las cátedras de los ideólogos y de los economistas» (MENÉNDEZ Y PELAYO, M.: *Heterodoxos*, VI, p. 279).

(16) ALVAREZ VILLAMIL y LLOPIS, Rodolfo: *La revolución de septiembre*. Ediciones Espasa, 1929, p. 40.

La aparición de Sanz del Río y de los catedráticos de su círculo en la Central significó, ante todo en la Facultad de Derecho, un cambio de tono importante. Antes de Sanz del Río —comenta Giner, coincidiendo en esto con la visión peyorativa de Baroja y de Menéndez y Pelayo sobre la Universidad de mitad de siglo— la Facultad había dado a España un puñado de hombres, «los abogados», que unidos a los literatos, periodistas y políticos de profesión, formaron una clase gobernante que convirtió el Parlamento, el tribunal, el aula, en «vistoso espectáculo en el cual las más graves y aun temibles cuestiones» no fueron sino «temas para discursos vehementes o hábiles». Era aquélla una política de oradores, de escritores, de poetas, de periodistas, de abogados, a veces, también de financieros (17). Hombres que no obtenían su renombre y sus puestos por lo que hacían, sino por lo que decían:

«De las aulas de Derecho a las sociedades de hablar, de éstas a las Cámaras y de aquí al Gobierno—escribe Giner—; tales son las etapas graduales que recorre en su vida el joven corto de escrúpulos, dispuesto a jugar al pro y al contra con todos los problemas» (18).

Es cierto, continúa Giner con deseo de no herir demasiado las susceptibilidades no krausistas, que la Facultad tuvo profesores abiertos, literatos y filósofos con tono de hombres de mundo, afables y atractivos, de trato grato y liberal, cosa poco frecuente en otros sectores de la Universidad decimonónica. Pero la corriente cultural en la Facultad de Derecho, si había sido «muy brillante», acaso no fue «tan profunda» (19).

La aparición de Sanz del Río y de los catedráticos krausistas en esta fase brillante y retórica de la Facultad de Derecho, con su nuevo estilo universitario, fue de gran efecto entre la juventud de 1868, y los primeros resultados de su labor en la Universidad están analizados por el mismo Giner en su trabajo sobre «La juventud y el movimiento social», escrito en 1870, pasados ya los días de 1868 y 1869.

La juventud universitaria —profesores y alumnos— tomó parte en «La Gloriosa» llena de entusiasmo y de grandes proyectos renovadores. Pero, se pregunta Giner, ¿qué hizo este primer puñado de «hombres nuevos»? Defraudar a todos. Afirmer principios en la legislación y violar esos principios en la práctica (20). Después de haber caldeado el corazón para saltar con fuerza contra el viejo orden de cosas e instaurar otro más estable y armónico, la juventud pactó con el caos y con la tiranía, en vez de con el orden y con la libertad. Los jóvenes se lanzaron a la revolución:

«... faltos de principios claros y definidos—escribe don Francisco—, de convicciones lentamente formadas en severos estudios, tan notoriamente inferiores a este respecto a las eminencias de los antiguos partidos, cuanto les excedían en la riqueza y amplitud del presentimiento...» (21).

(17) GINER, F.: «Sobre el estado de los estudios jurídicos en nuestras Universidades», *O. C.*, II (*La Universidad española*), p. 173.

(18) *Ibidem*, p. 174. Para GINER, las Facultades de Derecho y de Medicina eran las de mayor influencia en la sociedad (*ibidem*, *O. C.*, II, p. 56).

(19) GINER, F.: «Sobre el estado de los estudios jurídicos en nuestras Universidades», *op. cit.*, pp. 172 y 180-181.

(20) *Ibidem*: «La juventud y el movimiento social», *O. C.*, VII (*Estudios sobre educación*), p. 104.

(21) *Ibidem*, p. 106.

Presenta Giner a los hombres que hicieron la revolución del 68 como una juventud no ya indiferente a la política y más o menos conformista con la situación, como fuera la juventud universitaria, un poco, diríamos, constitucional a la fuerza, de la primera mitad del siglo, sino como una juventud dispuesta a actuar contra el viejo orden de cosas en razón de unos principios recibidos, aunque no claros y asimilados, que se traducirían en la práctica —como es sabido— en un programa político concreto, la Constitución de 1869. Si la incorporación de los «hombres nuevos» a la revolución septembrina no dio todos los resultados esperados, como se sobreentiende del juicio de Giner, sí contribuyó a cimentar ideológicamente el movimiento revolucionario del 68, como ya hemos subrayado en otro lugar.

Parte de esta juventud, pasado el sexenio, continuó dedicada a la *res pública*. Su simpatía hacia el krausismo y hacia los proyectos pedagógicos krausistas, explican determinadas conexiones entre política y pedagogía a lo largo de la Historia contemporánea posterior.

Otro grupo krausista, con vertiente no hacia la política, sino hacia la docencia, constituye en la Facultad de Derecho el grupo «prehistórico» de lo que más tarde habría de ser la *Institución Libre de Enseñanza*. Es el grupo formado directamente por Giner de los Ríos.

El magisterio oficial de Giner en la Universidad se inicia propiamente hablando en 1869. Don Francisco, ya lo hemos visto, sin dejar de reconocer los aciertos teóricos y las buenas intenciones del movimiento septembrino, echaba de menos la respuesta adecuada de la juventud revolucionaria:

«En pocos períodos de nuestra vida contemporánea habrá hecho alimentar la juventud tan consoladoras esperanzas como durante los últimos diez años que preceden a la Revolución de Septiembre.»

Pero se pregunta don Francisco:

«¿Qué hicieron esos hombres nuevos? ¿Qué ha hecho esa juventud? ¡Qué ha hecho! Respondan por nosotros el desecamiento del espíritu público, el indiferente apartamiento de todas las clases, la sorda desesperación de todos los oprimidos, la hostilidad creciente de todos los instintos generosos. Ha afirmado principios en la legislación y violado esos principios en la práctica; ha proclamado la libertad y ejercido la tiranía; ha consagrado la igualdad y exigido en ley universal el privilegio...» (22).

La juventud demócrata y progresista que había abominado de todas las vestustas iniquidades —contesta en fin don Francisco— se ha alimentado de ellas, conjurando así en su contra la hostilidad y la oposición de todos:

«... y como no podía menos de acontecer con tal conducta, ha lanzado a la insurrección a todos los partidos ajenos a la distribución del botín; ha desdeñado a los proletarios y atemorizado a los ricos; ha humillado a los racionalistas y ultrajado a la Iglesia; ha dado la razón a los esclavistas y a los negros, y se ha captado la antipatía de los liberales y conservadores, de los hombres ilustrados y del vulgo» (23).

(22) GINER, F.: «La juventud y el movimiento social» (1870), *op. cit.*, pp. 102-126. El reconocimiento de los fallos de la juventud universitaria en la revolución de septiembre, no obsta para que don Francisco, por otra parte pondere el aliento nuevo que la revolución septembrina llevó a la vida nacional, sobre todo, a la Universidad. Así, en su trabajo sobre *La Universidad española*, escribe: «Nadie esperará de seguro encontrar en este sitio un juicio favorable ni adverso de aquel suceso (la revolución de septiembre) en cuanto a lo político; pero sí el obligado de sus consecuencias en el sistema de nuestra educación». Consecuencias que Giner valora muy positivamente (F. GINER, O. C., II, p. 21).

(23) *Ibidem*.

En el año 1870 se presentaba, pues, Giner como continuador, pero también como depurador, o mejor, nuevo intérprete, de los ideales de la juventud revolucionaria de 1868:

«Ante el espectáculo de tan frustrada tentativa en que se consume la juventud de ayer... llama la juventud de hoy a las puertas del poder que pide para sí con apremiante altanería... ¿Quién podrá extrañar que la irrefragable necesidad de una transformación íntima y profunda en todos los órdenes sociales y la nulidad patente de los tópicos al uso remueve en sus entrañas a la joven generación?» (24).

La juventud se revuelve inquieta y desasosegada, «los mejores presienten bien, sin comprenderlo —afirma Giner—, que no es su destino consolidar y explotar la injusticia, sin arrancarla de cuajo» (25). Desean lanzarse a la lucha y prometen una nueva era. No obstante, ¿qué hacen? ¿Cómo se prepara la nueva juventud para lograr la ruptura del viejo orden?

«Las nobles exigencias en cuyo nombre condena ya la nueva generación a la sociedad presente no alcanzan —triste es decirlo— a modelar su conducta» (26).

La juventud —y este es el llamamiento que le hace Giner— debería enseñar a la sociedad decaída que «las convicciones se forman no teorizando en la plaza pública, sino elaborando el pensamiento en el rigor de la conciencia científica» (27).

Pese al estado deplorable de la juventud estudiosa que tiene delante, y que el mismo Giner describe como llena de pasiones, acosada por el ansia de intereses personales, tarada desde su niñez por una educación absurda, don Francisco se lanza a la tarea «regeneradora», apoyándose en la pequeña minoría que le escucha con interés: en esa parte de la juventud —escribe— inteligentemente activa, enérgica, «que quiere vivir, no vegetar» (28), y que está dispuesta a optar entre el mérito y la recompensa —porque ambos en la sociedad española están divorciados, observa— (29). *Prius mori quam foedari* es el lema que Giner propone a esta minoría en 1870 (30).

El honrado entusiasmo con que Giner se entrega a su cátedra, se explica a la luz del papel trascendental que atribuye a la Universidad en la vida del país.

De la gran masa estudiantil que hace vida de teatro, de café, de casino, de Ateneo, que va a los toros, que, aparte de los periódicos, lee poco y principalmente novelas, que sufre alegre sucio hospedaje y mala bazofia y que es «política y patriótica en todos los sentidos, desde el más puro y noble al pésimo» (31), debería salir —según Giner— esa minoría importante por su calidad que trabaja y lucha con miseria, «pero pone su alma en su labor, no quiere vegetar, vive y se entera». Porque sobre esa minoría agotada y febril descansaba, sin embargo, la España del futuro. Esta visión hace escribir

(24) *Ibidem*, p. 108.

(25) *Ibidem*.

(26) *Ibidem*, p. 138.

(27) *Ibidem*, p. 119.

(28) *Ibidem*, pp. 118-121.

(29) *Ibidem*, p. 122.

(30) *Ibidem*, p. 140.

(31) *Ibidem*, p. 52.

a don Francisco uno de sus más fuertes textos, dirigidos precisamente a la juventud universitaria:

«Si el ejemplo, la presión del medio los mantiene [a los estudiantes] como ahora en la vulgaridad, la charlatanería, la audacia y la insignificancia; si no saben hacer de la Universidad una fuerza de intensa energía que para las pequeñas cosas les ayude a luchar y a vencer; si no aciertan a dar una fórmula real a las vagas aspiraciones que en esa edad agitan siempre el espíritu y que sin ella tan fácilmente lo corrompen; si no aprovechan los años mejores y más plásticos para trabajar con varonil esfuerzo por la transformación ideal, moral, intelectual, material de su vida y persona..., la Historia hará su obra en esta tierra como en las demás, pero ¿cuándo?, ¿por medio de cuáles?, ¿a qué precio? Si estas preguntas los dejan mañana tan fríos como hoy *no vale la pena de que haya Universidades en España*» (32).

Don Francisco dividía a la «aristocracia intelectual» española de su tiempo en dos grandes clases: los «sabios» y «los listos»:

«... los unos llegan al cenit por la memoria y la paciencia; los otros, por el ingenio y la audacia; de aquéllos se hacen los académicos, los eruditos, los anticuarios; de éstos, los generales, los banqueros y los ministros» (33).

Se trataba de hacer un universitario distinto que se caracterizase por el rigor de su preparación científica y profesional, por su integridad moral inquebrantable, por su desinterés hacia los medios fáciles y brillantes, por su responsabilidad social y que, no sólo tendría como único deber investigar, criticar, ensayar, ser perseverante, incorruptible y enérgico, sino también sufrido e indulgente, sin dejarse contagiarse por la pasión de las «gastadas mayorías» (34).

Dejando a un lado el comentario al estilo bondadoso y agresivo a la vez, sumamente atrayente de don Francisco en la cátedra y al cual debió sin duda gran parte de su éxito como maestro de la juventud «nueva», apuntaremos brevemente cuál fue el contenido concreto del programa «depurador» propuesto por Giner a la juventud. Fue en la Universidad, antes que en la Institución Libre de Enseñanza, donde Giner forjó sus primeros «hombres nuevos».

De 1866 a 1875 don Francisco repartió su trabajo entre la cátedra universitaria —a partir de 1869—, su colaboración con la Escuela de Institutrices (35), que por entonces llevaba Ruiz Quevedo, sucesor de Fernando de Castro, y el Colegio Internacional de Salmerón, la responsabilidad del *Boletín-Revista* de la Universidad de Madrid, sus publicaciones (36) y los planes oficiales de enseñanza que los hombres de la nueva situación (período de 1869 a 1873, Ruiz Zorrilla, Chao, Uña) tenían entre manos y para los que solicitaban la inspi-

(32) GINER, F.: «La Universidad contemporánea», *O. C.*, II (*La Universidad española*), p. 135. El subrayado, nuestro.

(33) *Ibidem*: «Enseñanza y educación», *O. C.*, VII (*Estudios sobre educación*), p. 84.

(34) GINER, F.: En el prólogo del tomo XII de las *O. C.* (*Educación y enseñanza*), p. 7.

(35) El tomo IV de las *O. C.* de GINER (*Lecciones sumarias de Psicología*) contiene el extracto de las lecciones explicadas en esta escuela por don Francisco de 1870 a 1875, según dato de Cossio, en la nota preliminar del tomo III de las *O. C.* de GINER, p. 28.

(36) M. B. COSSIO en la nota preliminar del tomo III de las *O. C.* de GINER, p. 28. Aparecen por este tiempo sus artículos en la *Revista España*, *Revista Hispanoamericana*, *El Pueblo Español*, *El Globo*, *El Imparcial* y en la *Revista de Legislación y Jurisprudencia* (R. RUBIO en la nota preliminar del tomo VII de las *O. C.* de GINER). Hace también por entonces la traducción de la *Estética*, de Krause.

ración y la ayuda de Giner (37). El mensaje gineriano a la juventud debemos reconstruirlo a través de las lecciones, proyectos y publicaciones de Giner en este periodo (38).

El propio Giner nos da las notas sustantivas de su mensaje, al comentar el programa universitario de Sanz del Río, su maestro, quien en 1857, en la apertura de curso en la Universidad Central, había leído su discurso reformista.

«Más hizo un Sanz del Río—escribe Giner—, creando en el árido suelo de nuestra vida intelectual, *no una doctrina*—¡a Dios gracias!—, sino lo que vale infinitamente más, una corriente de *emancipación intelectual, de educación científica, de austeridad ética* que ha removido y ablandado y sigue removiendo largos años aún, lo poco que queda de plástico en el fondo de este duro terruño» (39).

Emancipación intelectual, educación científica, austeridad ética, son las notas de la corriente universitaria originada en la cátedra de Sanz del Río y desarrollada y encauzada por Giner.

Dejando a un lado las resonancias krausistas sobre el fin del hombre y de la Humanidad de las veinticinco páginas del artículo sobre *La juventud y el movimiento social*, resonancias que encontramos también en el curso sobre *Doctrina de la Ciencia* y que dan idea de la intensa preocupación religioso-filosófica de Giner, ya durante los primeros diez años de su actividad, subrayemos que el amor austero a la verdad, su búsqueda sería e incansable con método y rigor científicos, opuesta a los éxitos y trabajos fáciles, deslumbrantes y hueros y la necesidad de que la verdad encontrada inspire la con-

(37) Trabajó en proyectos de enseñanza de la República, como se verá en su Epistolario—escribe Cossío— (nota preliminar del tomo III de las *O. C.* de GINER, p. 28). En el mismo sentido, S. VALENTI: «Un apóstol de la educación», *BILE*, 1916, p. 182. Véase en el tomo XVI de las *O. C.* el trabajo de GINER sobre «La futura Ley de Instrucción Pública», escrito en 1869.

(38) Sus primeros cursos ordinarios en la Universidad están contenidos en el tomo de *Principios de Derecho natural*, la obra por excelencia de GINER, según su gran discípulo COSSIO. Este tomo de las *Obras completas* se complementa con el V, *Estudios jurídicos y políticos*, que incluye los trabajos publicados de 1866 a 1875. Con algunos artículos del tomo XIV, *Resumen de Filosofía del Derecho*, y del tomo XVI, *Ensayos menores sobre educación y enseñanza*, y con los dos volúmenes de *La persona social*, tomos VIII y IX de las *Obras completas*—trabajos publicados de 1869 a 1895—, tenemos el bloque principal del pensamiento jurídico-filosófico de don Francisco. Sus orientaciones de tipo intelectual científico las encontramos en los tomos VI y VII de las *Obras completas*. El tomo VI, *Estudios filosóficos y religiosos*, recoge el curso libre dado por GINER los domingos en la Universidad de Madrid, de 1871 a 1875, sobre «Doctrina de la ciencia», y en él interesa especialmente su trabajo sobre «Condiciones del espíritu científico».

En el tomo VII, *Estudios sobre educación*, figura el ya citado artículo escrito por GINER en 1870 sobre «La juventud y el movimiento social», de especial interés para nosotros. Otros importantes trabajos de GINER hechos y publicados posteriormente a 1875, es decir, en la segunda etapa de su docencia, completan el programa trazado para la juventud del periodo revolucionario, pero los tres citados son, rigurosamente hablando, los que constituyen el mensaje del momento 1869 a 1875, aunque aludiremos a los que, publicados más tarde, completan o desenvuelven el pensamiento de don Francisco en los mismos aspectos. Son particularmente interesantes además del que dedica a «La juventud y el movimiento social»—que se contienen también en el tomo VII de *Estudios sobre educación*: «La educación del filisteo» (1877), «Instrucción y educación» (1879), «Spencer y las buenas maneras» (1879), «Discursos inaugurales en la Institución Libre de Enseñanza» (1880-1882), «Enseñanza y educación» (1881), «La enseñanza confesional y la escuela» (1882), «Teoría y práctica» (1887), «La moral en la escuela según el doctor Harris» (1891), «¿Cuándo nos enteraremos?» (1898), «La escuela que cerrará los presidios» (1901). Destacamos también el tomo II de las *Obras completas*: *La Universidad española*, que contiene trabajos escritos entre 1884 y 1902, y el X, *La Pedagogía universitaria*, cuyos trabajos, pese al título del volumen, no son los más interesantes para conocer el pensamiento de don Francisco, aunque sí para estudiar en lo orgánico su ideal renovador de la Universidad.

(39) GINER, F.: «¿Cuándo nos enteraremos?», *O. C.*, VII (*Estudios sobre educación*), pp. 231-232.

ducta, constituyen la *summa* de las lecciones explicadas por Giner a lo largo de su magisterio (40).

Base para la búsqueda científica de la verdad, era para Giner el planteamiento del problema entero del conocimiento (lógica y doctrina general de la ciencia), porque «el eterno ideal de la ciencia habría de presidir constantemente las ulteriores investigaciones». Venía después la obligación de indagar «el supremo principio de la realidad, donde toda ella se funda y explica (metafísica), y, por tanto, el que ha de ser peculiar asunto de su estudio». Sin esto el especialismo para Giner sería siempre una enfermedad intelectual (41). Las sugerencias de don Francisco sobre el exagerado «especialismo» y el dato aislado, fueron siempre un estímulo para la búsqueda de una amplia formación, al mismo tiempo que de una especialización seria. Es cierto lo que dice Pijoán: «Diré que su método consistía en fomentar en cada uno de nosotros dos grandes ambiciones: una, la de reconocer y abarcar todas las ciencias, el arte y todas las actividades humanas; la otra, la ambición de conocer una ciencia a fondo, completamente y tan bien como nadie pudiera conocerla en aquel entonces» (42).

Finalmente, había que buscar a toda costa la salvaguarda de la libertad en la indagación de la verdad, soslayando el peligro de cualquier tutela que no tuviese como fin la formación para la libre dirección de sí mismo:

«El dogmatismo, la dominación sectárea de los espíritus, el afán de proselitismo doctrinal, tantas otras formas de opresión y coacción más o menos dura, muestran como aquí también esa tutela se corrompe con harta frecuencia y en vez de disponer al hombre para su emancipación procura disponerlo para su perpetua servidumbre» (43).

Tanto en «La juventud y el movimiento social» como en las «Condiciones del espíritu científico», y en sus trabajos posteriores «Spencer y las buenas maneras» (44), «Teoría y práctica» (45) o en «La acción moral de la juventud» (46), Giner postula las bases de una rigurosidad ética y anatematiza insistentemente el divorcio entre pensamiento y vida. A la metafísica y a la teología de las escuelas no menos que a la lógica cabe la culpa de este divorcio. No han sabido—afirma—convertir las grandes ideas en motor de la conducta humana (47). La servidumbre de la rutina y la indiferencia por las grandes cosas ha hecho proliferar la vulgaridad entre los hombres y el sacrificio del honor

(40) Citamos como muestra dos párrafos de GINER, escritos en momentos distintos y alejados: «Hay una panacea: despertar en nuestros discípulos el espíritu de verdad, de realidad, de ingenuidad sincera: el interés por estudiar y conocer las cosas, antes de ponerse a hablar de ellas» (F. GINER: «Sobre la organización de los estudios de Facultad», *O. C.*, II, [La Universidad española, p. 183]). «La nueva universidad estimula al par con la vocación al saber, la reflexión intelectual y la indagación de la verdad en el conocimiento, el desarrollo de la energía corporal, el impulso de la voluntad, las costumbres puras, la alegría de vivir, el carácter moral, los gustos sanos, el culto del ideal, el sentido social, práctico y discreto en la conducta (F. GINER en la nota preliminar del tomo X de las *O. C.* (*Pedagogía universitaria*)).

(41) *Ibidem*: «Condiciones del espíritu científico», *O. C.*, VI (*Estudios filosóficos y religiosos*), páginas 16-19.

(42) PIJOAN, J.: *Mi don Francisco*, p. 56. La misma idea en el discurso de Sanz del Río, p. 8, y en *El Ideal de la Humanidad*, pp. 86 y 162.

(43) GINER, F.: «Cómo empezamos a filosofar», *O. C.*, XII (*Educación y enseñanza*), p. 17.

(44) *Ibidem*: «Spencer y las buenas maneras», *O. C.*, VII, pp. 137-186.

(45) *Ibidem*: «Teoría y práctica», *O. C.*, VII, pp. 127 y ss.

(46) *Ibidem*: «La acción moral de la juventud», *O. C.*, XI (*Filosofía y Sociología*), pp. 141 y ss.

(47) *Ibidem*: «Las reformas del señor Pidal...», *O. C.*, XVII (*Ensayos menores de educación y enseñanza*), p. 73.

al interés (48). «No hay raza de héroes. Todos podemos y debemos serlo. Todos los omos con sólo romper el yugo de la vulgaridad» (49).

Ahora bien, para la formación del ser original que cada cual lleva siempre consigo, aunque muerto la mayor parte de las veces por ese estado de promedio incoloro, la juventud deberá huir del filisteo. Pero hay dos modos de huir, advierte Giner: uno es el de «echar melena», esto es, cultivar la extravagancia y la apariencia material para ver si acaso se disimula una vida insignificante y vacía; otros, «cavar y más cavar», ir tras el fondo hasta dar con las entrañas de las cosas, sin avergonzarse por esto de comer y beber (cuando es posible), de andar con los pies y de ver con los ojos, como el más prosaico burgués del escarnecido gremio de ultramarinos» (50). Hay, para la juventud que estudia, dos caminos—concluye don Francisco—: Uno fácil, brillante y de éxito, pero con abdicación de ideas generosas. Otro, fiel a esas ideas, aunque tal vez duro y oscuro (51).

Este programa, propuesto a la juventud por Giner, respondía a su visión de los dos males principales que aquejaban al hombre hispánico: la servidumbre mental y la deformación del carácter moral. Sus observaciones sobre la necesidad de luchar contra el *medio* respondían a su pensamiento sobre los males de la sociedad española de su tiempo.

Refiriéndose al espíritu crítico de su maestro, escribe Altamira:

«No negaré que Giner, como todos los apóstoles, como todos los moralistas, exageraba inconscientemente las tintas negras de su cuadro algunas veces (o mejor, suprimiría el claroscuro), y tendía a un pesimismo que para los desconocedores de su obra total parecía equivaler a una negación completa de elementos buenos en la vida nacional; pero eso es un exceso naturalísimo en quien corrige y se preocupa de corregir defectos...

Posible es, no obstante, que la repetición de la nota pesimista produjese en algunos espíritus escogidos, poco enérgicos para resistir estas pruebas, un desaliento que se sumó por algunos años al desaliento colectivo del pueblo español, porque éste es peligro que lleva siempre en su fondo la visión persistente y acentuada de los defectos y el acuse sistemático de los errores» (52).

El ambiente de optimismo «absurdo» imperante en la España de la Restauración anterior al 98, de que habla Baroja, es una nota que puede explicar, por reacción, la carga excesiva de Giner en este capítulo de su crítica social. Hay en él una visión sistemática y persistente de los vicios y errores nacionales, un zarandeo radical, implacable. Todo se fustiga sin paliativos: desde la manera de vivir la religión—de modo farisaico y fanático—hasta la de pensar—sin profundidad—, la de gobernar—sin conciencia—, la de comportarse en sociedad—con grosería—, la de divertirse—con furia animal—, la de ataviarse—sin decoro—, la de comer—con indigestión segura—, hasta la de vivir en casa—con tacañería y sin encanto—. Es un *aquí* peyorativo que anda

(48) GINER, F.: «Teoría y práctica», O. C., VII (*Estudios sobre educación*), p. 132.

(49) *Ibidem*, p. 135.

(50) *Ibidem*: «La acción moral de la juventud», O. C., XI (*Filosofía y Sociología*), pp. 141 y ss.

(51) *Ibidem*: «La juventud y el movimiento social», O. C., VII (*Estudios sobre educación*), pp. 119-126. Con el mismo matiz, SANZ DEL RIO en su ya citado discurso: «Vosotros, hijos adoptivos de la ciencia, sacrificad el provecho al deber.»

(52) ALTAMIRA, R.: «Giner de los Ríos y su influencia social y política», *BILE*, 1915, pp. 122-123.

desperdigado en las páginas de don Francisco desde los primeros tomos de sus escritos hasta sus últimas publicaciones a principios del siglo XX.

Afirmaciones globales y dolorosas sobre España, esta tierra «querida, seca, desdichada», «donde por ahora toda miseria espiritual y material tiene su asiento» (53), en la que vive un pueblo «harapiento en la carne y en el espíritu» (54) y cuya «disolución espiritual y material, bajo apariencias de vida civil y moderna, asoman por las grietas cuarteadas de la piel» (55). Una España ésta que sufre la «secular corrupción y decadencia y entumecimiento de nuestro espíritu nacional» (56), llena de «fanatismo africano» (57) y de «musulmana apatía en el dominio de las realidades» (58). El tipo nacional «africano y castizo», ramplón, holgazán y de bajísimo nivel cultural es, para Giner, el correspondiente a un pueblo que «concede tan escasa importancia a las condiciones materiales e higiénicas», «que apenas come, se lava menos y no se suele bañar sino algún que otro verano» (59).

Las causas de todo este medio ambiente social las atribuye Giner a la ineptitud de las clases gobernantes, al mal estado del sistema educativo nacional y al sectarismo imperante en todo.

Frente a este *aquí*, el *allá* próspero, venturoso, de los pueblos civilizados que se entregan sería y libremente a la cultura y al progreso, y de quienes la juventud debería aprender: «de Alemania, la solidez de la investigación científica; de Francia, el amable humanismo universal; de Inglaterra, la formación enérgica del individuo y de la raza; de Norteamérica, la audacia de los métodos pedagógicos», y de los países jóvenes o renacientes, «la rapidez por ganar un puesto en la historia del día».

No es extraño que *El ideal de la Humanidad* se convirtiese para muchos estudiantes de la Central en el libro imprescindible. Los alumnos de don Francisco leían indistintamente *El ideal*, *Los mandamientos*, de Krause, y, con la misma fruición, los *Principios de Derecho natural*, de Giner.

«Este pequeño libro fue en su momento, para muchos, una revelación; de seguro para las generaciones que estudiaron Derecho allá por los años 73 al 83... —escribe Posada al frente de los *Principios de Derecho natural*, de don Francisco—. Nos reveló a todos este libro singularísimo, una nueva sistemática jurídica..., intensamente humana y llena de *jugo ideal para la vida*. Tiene mucho de inspiración moral; habla al alma entera, y en él hemos encontrado hasta la razón o apoyo para un criterio de acción» (60).

Ahora bien, todavía en 1876, en la primera década de la actuación «apostólica», de Giner, no se puede hablar apenas de su «escuela» entre la juventud. Era un puñado muy pequeño de alumnos el que se agrupaba en torno a él. Hará falta una época de contacto intensivo, como el que representará más tarde el claustro de profesores de la Institución Libre de Enseñanza y una

(53) GINER, F.: «La Universidad de Oviedo», *O. C.*, II (*La Universidad española*), p. 288.

(54) *Ibidem*, p. 290.

(55) GINER, F.: «El Decreto de segunda enseñanza», *O. C.*, XVII (*Ensayos menores de educación y enseñanza*), p. 118.

(56) *Ibidem*, en el prólogo del tomo V de las *O. C.*, p. 4.

(57) Expresión muy prodigada por GINER en sus escritos, sobre todo en el tomo II de sus *Obras completas*.

(58) *Ibidem*: «¿Cuándo nos enteraremos?», *O. C.*, VII (*Estudios sobre educación*), p. 232.

(59) *Ibidem*: «Las vacaciones en los establecimientos de enseñanza», p. 102.

(60) POSADA, A.: «Este libro del maestro...», *BILE*, 1916, p. 93.

nueva actuación de Giner en la Universidad, la que arranca de 1882, para que el grupo se haga compacto y se acreciente.

La posterior labor universitaria, más que a través de los cursos de Enseñanzas Superiores de la Institución, se ejerció mediante la tutoría de Giner sobre los profesores del nuevo centro. Con ellos y con los que años más tarde se fueron incorporando, atraídos otra vez desde la Facultad por don Francisco, gracias a la situación liberal de 1881, que lo restituyó en la cátedra, formó Giner de los Ríos su primera «escuela» de intelectuales.

En la Institución recién fundada Giner redondeó con trabajo afiligranado la preparación «científica y moderna» de la juventud universitaria de la Restauración, tan distinta de la que encontró en las aulas de la Central de 1869.

En la Institución no sólo encontrarán sitio y ocupación los alumnos destacados de la cátedra universitaria de don Francisco, sino también los inquietos e inconformistas llegados de fuera a Madrid para abrirse camino, después de su licenciatura o de su doctorado, enviados por los discípulos que estaban ya enseñando en otras Universidades.

«Los que vivíamos fuera de Madrid, íbamos a menudo, no sólo a recibir sus consejos, sino también en busca de cariño. Enseguida de instalarnos en una pésima casa de huéspedes..., corríamos a buscarlo impacientes de verle y oírle, de abrazarle y de que nos abrazara. El ya no dejaba al forastero en toda la jornada. A veces se quejaba con socarronería: —¡Qué absorbentes son ustedes los provincianos! Se imaginan que nosotros antes de llegar ustedes no hacíamos más que esperarlos...» (61).

Don Francisco —paletó parduzco, sombrero hongo, fuertes zapatos sin costura (62), tal como lo describe Pijoán a principios de siglo— seguirá resultando irresistible. Misterioso atractivo el que ejercía sobre los jóvenes aquel hombre pequeñito, anciano, de cuerpo enjuto, ágil y de faz morena —tostada por todos los vientos de la sierra—, encuadrada por barba y cabellos blancos, cuyos ojos vivaces se clavaban en el interlocutor escrutadores. Don Francisco tenía mucho de poeta y soñador. El diálogo estilo socrático, la sencillez de Giner, su «ángel» de andaluz inteligente, su ansia de saber y de estar al día, su fama de inconformista activo y radical, su gran interés humano y su innegable «coquetería espiritual» (63), junto con su gran rigor ético, impresionaba a la juventud, ansiosa de cauces nuevos y amiga de desinteresada orientación.

En la Institución, igual que antes en la Universidad, Giner espoleaba a sus escogidos ardientemente:

«Sean siempre jóvenes si pueden, agresivos, extravagantes...; sí..., extravagantes (de vagare extra)... Fuera de la rutina, de lo que es vulgar y común. Sean hombres, no de ayer, ni de hoy, sino de mañana... Demasiado pronto se volverán juiciosos, conservadores y moderados» (64).

En la segunda etapa de la proyección docente de Giner, la posterior a la fundación de la Institución, los caracteres sustanciales de su mensaje seguirán siendo los mismos, aunque se advierta que la primitiva ilusión de don Francisco adquiere una nota de impaciencia contenida, a medida que transcurren los

(61) PIJOAN, J.: *Mi don Francisco*, p. 14.

(62) *Ibidem*, p. 22.

(63) *Ibidem*, p. 9.

(64) *Ibidem*, p. 47.

años de la Restauración y que los hombres «nuevos» tratan de integrarse en la sociedad que los rodea:

«Sean imposibles para todo lo que sea vulgar, común, anticuado. Imposibles para todo lo muerto o prostituido. Sean ustedes los glóbulos rojos de este organismo social... Y no únicamente en las Cortes, sino en sus casas, en las calles, en los campos, cada uno en su profesión, el fermento activo, casi misterioso...» (65).

Los *nuevos* universitarios se encerraron en las bibliotecas, en los laboratorios, en las redacciones de las revistas culturales, en el Ateneo, en los centros de investigación. Fueron al extranjero a ampliar estudios, ocuparon las cátedras universitarias de provincia y se esparcieron poco a poco por toda la geografía nacional. Azorín anotó el nuevo estilo de esta juventud científica, inconformista con la Restauración y con los partidos de turno que inició la divergencia, ideológica, política y social con el mundo oficial y académico del sistema, viviendo «en contra», como diría Gómez de la Serna, sus consignas de revolución silenciosa.

«Otra generación ha llegado. Hay en estos jóvenes más método, más sistema, una mayor preocupación científica... saben más que nosotros. ¿Tienen nuestra espontaneidad? Dejémosle paso» (66).

(65) PIJOAN, J.: *MI don Francisco*, p. 89.

(66) AZORÍN: «Otras páginas», en *Obras selectas*, p. 11.